

LA ESCUELA DE FRANKFURT: LA TEORÍA SOCIAL CRÍTICA.

Una teoría social para la emancipación humana

El periodo entre las dos guerras mundiales del siglo XX es un época convulsa e insegura en Europa, con graves problemas sociales derivados de la depresión económica que comienza en 1929. En Alemania esos problemas se agravan por la derrota militar y las imposiciones aliadas en el Tratado de Versalles, dando lugar a la República de Weimar, un Estado débil que fue incapaz de atajar la ascensión del movimiento nacionalsocialista hasta el poder. Paralelamente en los países europeos –Italia, Portugal, Rumanía, Hungría, etc.-, los movimientos fascistas alcanzan el poder político, instaurando sistemas políticos dictatoriales. Esa situación histórica conducirá a los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

La crisis económica demuestra la ineficacia del capitalismo para asegurar un desarrollo social equilibrado; el predominio del capital financiero, con la única meta de conseguir beneficios privados y destruyendo bienes públicos, conduce a una mala organización de la estructura productiva, tal como había previsto la teoría de Marx en *El Capital*. El error fundamental de la teoría liberal en economía política consiste en que la regulación económica se producirá automáticamente, porque el mercado funciona una *'mano invisible'* que establece el equilibrio entre la oferta y la demanda; se trata de una teoría sobre los mecanismos sociales que quiere imitar a la ciencia natural y el método hipotético-deductivo, eliminando tanto el papel del Estado en la redistribución de la riqueza a través de los bienes públicos, como la intervención consciente de los agentes sociales que actúan para alcanzar sus fines personales. Al mismo tiempo que aumenta el dominio de la gran burguesía empresarial, aumentan los desequilibrios sociales que darán origen a las guerras mundiales. La explotación de los trabajadores se intensifica tras la creación de millones de parados a causa de una típica crisis de superproducción, lo que abarata el precio del trabajo produce el descenso de los salarios.

El liberalismo se funda en la institución del libre mercado, para el que se propone un funcionamiento sin trabas ni controles, lo que resulta claramente insuficiente para conseguir una organización racional de la sociedad. Por eso, comienza la investigación para construir una teoría alternativa de la sociedad, tomando como referencia la teoría del capitalismo elaborada por Marx. Un grupo de intelectuales alemanes, reunidos en la Escuela de Frankfurt, intentará construir una ciencia que sirva para mejorar la organización social y evitar las convulsiones promovidas por las crisis capitalistas. Estos científicos sociales intentarán superar el reduccionismo fisicalista, propio de la ciencia positivista del XIX, según el cual la ciencia social debe tomar el modelo de las ciencias físico-químicas, sin tener en cuenta las especificidades de la realidad social. Se entiende que ese reduccionismo –perceptible en la teoría del mercado- es responsable de los fracasos a la hora de encontrar un orden social armonioso y pacífico.

En 1923 se funda, en dependencia de la Universidad de Frankfurt, un Instituto para la Investigación Social, cuyo objetivo estriba en desarrollar la teoría científica de la sociedad, de modo que contribuya a la emancipación humana. De ese modo, se recoge conscientemente la herencia marxista e ilustrada, para elaborar la ciencia fundándose en los valores de la tradición filosófica racionalista moderna: la universalidad de los derechos y la justicia, la igualdad de derecho entre todos los seres humanos, la libertad fundada en la ética y en la conciencia, el diálogo como fuente de conocimiento y decisión democrática, la solidaridad social como fuente del bienestar, la ciencia como experiencia colectiva de la humanidad,... La ciencia no es neutral respecto de los valores, como afirma el positivismo, pues los científicos trabajan desde puntos de vista

condicionados por los intereses dominantes en la sociedad. La única manera de evitar que los valores implícitos en la investigación científica falsifiquen los resultados, es exponer claramente los objetivos de la misma. Esa tarea de explicitar los valores subyacentes a la teoría es lo que Marx llamaba '*crítica de la ideología*', y en su obra ocupa un lugar destacado, previo a la formulación de la teoría científica.

Se trata de plantear los problemas filosóficos, para recuperar los sistemas de valores en su papel de orientar la investigación científica, después de la feroz crítica de la metafísica que se produjo en el siglo XIX desde el positivismo. La vida humana es moral, y eso significa que se funda en la libertad, como capacidad personal para modificar la propia conducta según pautas culturales. Esa libertad reside en los sujetos conscientes, capaces de plantearse objetivos que persiguen con su acción intencional a largo plazo. Por el contrario, el concepto de libertad en su versión liberal se limita a asegurar que '*consiste en hacer todo lo que permiten las leyes*', siendo compatible con la teoría del mercado como forma de la organización social –de ahí que el cinismo moderno proponga con Mandeville la máxima que afirma '*vicios privados, públicas virtudes*'. Sin embargo, la insuficiencia del capitalismo liberal, plantea la necesidad de superar ese concepto de libertad hacia el compromiso ciudadano por el bien público y volver a un concepto clásico de la libertad moral y de la política como búsqueda de la ecuación que hace equivalentes el bien público y el bien privado. Desde un punto de vista republicano, la libertad humana es una búsqueda de la racionalidad a través del cumplimiento de los deberes cívicos; lo cual se consigue no sólo en la obediencia de las leyes, sino también en la aceptación y realización de las obligaciones morales. La libertad tiene un carácter moral insoslayable, y se asienta en el '*conócete a ti mismo*' -el mandato ético que recomienda la reflexión introspectiva para lograr la felicidad en la vida-. La política emancipadora debe estar fundada en la capacidad crítica y la conciencia personal.

Sólo de ese modo es posible realizar la justicia al tiempo que los ciudadanos mantienen su libertad. La '*libertad material*' que ofrece la productividad capitalista a los ciudadanos del mundo desarrollado, parece oponerse a una distribución justa de los recursos y los bienes entre los seres humanos. La superación de la alienación capitalista exige una sociedad civil que funda su acción consciente en una '*libertad moral*', que garantice la justicia entre los miembros de la sociedad; la justicia es el objetivo de la moral personal, y para ello la conducta humana debe estar orientada por ideales y valores racionales. Sólo así, a través del compromiso personal, es posible establecer una sociedad armoniosa y justa, que resuelva los graves problemas históricos de la sociedad desarrollada industrialmente. Una ciudadanía consciente y participativa de las decisiones políticas, en un orden social justo y equitativo, se organiza dentro de una sociedad civil de carácter altruista.

El equívoco liberal sobre la '*sociedad civil*' consiste en pensar ésta como el conjunto de individuos egoístas que persiguen su propio beneficio a través del mercado. Pero como Marx señaló ese reduccionismo mutila al ser humano de sus tendencias sociables más básicas, ofreciéndonos un ser plano y sin profundidad, movido por las fuerzas anónimas de la sociedad industrial. Pero la interpretación ideológica y dogmática del marxismo en los Estados burocratizados herederos de la revolución rusa, elimina la sociedad civil altruista y crítica, para someter a los ciudadanos a la ley despótica que organiza la planificación económica. Por eso, ni el capitalismo, ni las sociedades de planificación estatal, son capaces de proporcionar una conciencia moral a los ciudadanos, ni por tanto pueden ofrecer una organización justa. Mientras el capitalismo destruye el compromiso moral a través de la propagación del egoísmo cínico, el Estado sospecha y reprime a los ciudadanos que buscan la justicia.

Recuperar la reflexión filosófica

El papel de los valores dentro de la teoría social es mucho más evidente y decisiva todavía que en las ciencias naturales; la neutralidad axiológica no puede ser un ideal para la ciencia de la sociedad, porque ésta debe contribuir a los procesos históricos proporcionando un mayor grado de conciencia a los miembros de la sociedad, de modo que incrementen su capacidad de actuar de modo libre y racional. La ciencia social tiene como objetivo la emancipación de la humanidad, que consiste: primero, en la satisfacción de los derechos humanos universales; y segundo, en la constitución de los seres humanos como sujetos autónomos de su propia existencia. Uno y otro aspecto no van separados: la justicia en la distribución de los derechos necesita tener en cuenta la libertad moral de los ciudadanos, según la cual los seres humanos son sujetos de sus actos, que establecen sus fines de forma autónoma. La dignidad personal es un valor radical de las personas, y eso significa que una teoría social manipuladora –como es la economía liberal fundada en el mercado o una teoría funcionalista del Estado represor– atenta por su propia definición contra la esencia consciente de la ciudadanía.

El imperativo kantiano exige tratar a los seres humanos conforme a su dignidad, la cual radica en el hecho de que personas deciden autónomamente los objetivos y fines de su acción. Para establecer un trato digno a las personas deben ser consideradas como sujetos de su propia vida, y no meros objetos de estudio. De ahí que la investigación social tenga como principio fundamental la participación del científico en la vida social: el investigador se identifica con su objeto de estudio, forma parte de él –como en el *trabajo de campo* de la antropología social–. Puesto que la ciencia social es una actividad del ser humano sobre sí mismo, tiene un aspecto reflexivo insoslayable, y debe fundarse en la identidad entre el sujeto y objeto de la investigación. El científico está dentro de la sociedad que investiga y no fuera de ella, se transforma en su elemento más consciente, clarificando y educando a la colectividad; o no es científico social. Es ésta la única manera de mantener una actitud de respeto frente al otro ser humano como personalidad autónoma –en el sentido kantiano de reconocer en el otro ser humano una finalidad en sí, y no sólo un medio para la satisfacción de necesidades individuales particulares–, y evitar la manipulación de la sociedad en beneficio de una dominación sobre los otros, en cualquiera de sus manifestaciones.

El primer paso para la formulación de una teoría social debe consistir en la crítica de la ideología: sólo se consigue evitar la falsificación de los hechos sociales por la teoría, cuando se exponen de manera clara y definida los valores en los que ésta se funda; los objetivos y finalidades bajo los que se construye la ciencia, determinan la percepción misma de los hechos. Una teoría social que no explique sus valores implícitos, corre el riesgo de transformarse en una ideología manipuladora de los ciudadanos, convertidos en instrumentos de fines ajenos que ellos mismos nunca pudieron decidir conscientemente.

Por el contrario, en la teoría del mercado, y otras teorías sociales que niegan la subjetividad autónoma, la manipulación de la ciudadanía a través de los mecanismos de venta, es la expresión tecnológica de una ciencia social alienada y alienante que conduce al desastre social. Así la teoría del mercado y otras teorías de la sociología positivista al servicio del orden capitalista, intentan imitar las ciencias naturales tomando a las relaciones sociales entre individuos como relaciones entre objetos inertes, y sobre esa base pretenden establecer leyes generales acerca de aspectos parciales de la sociedad, economía, política, cultura, etc. De ese modo se consigue cierto dominio de los procesos sociales. Pero es un dominio ciego, que no puede evitar la manipulación de los ciudadanos, cuando afirma que los equilibrios del mercado son automáticos y espontáneos; pues los sujetos que participan en el mercado buscan aprovecharse de las

necesidades ajenas en su propio beneficio. Esa realidad fue analizada por Marx en su primer volumen de *El Capital*, dentro del capítulo dedicado al '*fetichismo de la mercancía*'. El modelo de la ciencia social elaborada por Marx consiste en insertar la reflexión filosófica en la descripción de los hechos.

Más en general, se puede afirmar que no podemos prescindir de la utilización de los otros para nuestros fines particulares. Es éste un aspecto insoslayable de una sociedad avanzada y compleja, que se funda en la división del trabajo; y como señaló Marx esa necesidad es el origen mismo de la alienación social. Esa es una situación paradójica de la existencia humana que no podemos olvidar, so pena de caer en la alienación más profunda: el uso de la otra persona como instrumento para nuestros fines propios es inseparable de la existencia social. Pero si bien esa cosificación no puede erradicarse en la sociedad desarrollada, es necesario luchar contra ella permanente. Debemos reconocer, por tanto, que la perspectiva que nos ofrecen las teorías sociales, es absolutamente insuficiente para el trato con los seres humanos, si no viene acompañada de la crítica filosófica de la ideología, y de la crítica de la alienación y la cosificación de los seres humanos en la sociedad avanzada. Los seres humanos requieren ser tratados conforme a su dignidad de personas, sujetos conscientes que toman decisiones determinando sus propios fines autónomos.

El problema de la racionalidad

La racionalidad de esa ciencia al servicio de las empresas capitalistas es parcial, pues consiste en la eficacia productiva; es una *racionalidad instrumental*, que se refiere a los medios de la acción, y toma a los seres humanos como medios para la acción social; pero no contempla los fines sociales como objetivos independientes y valiosos por sí mismos. La razón clásica proyectaba los valores sociales en el cosmos –que era armonía, belleza, orden y justicia-, de modo que la causa final obraba en las leyes naturales, y de ese modo establecía un paralelismo entre el orden cósmico y el orden social. La razón instrumental moderna anula la teleología o causa final en la naturaleza, y quiere anularla también en la sociedad; ha buscado transponer de forma imprudente y simplista, los éxitos de la ciencia fisicalista a las ciencias sociales, y las consecuencias son las enormes crisis del proceso histórico capitalista, los conflictos sociales y la destrucción de la naturaleza terrestre.

Por eso, frente a esa concepción de la razón, desarrollada por el positivismo desde Hume –*la razón sierva de las pasiones*-, se debe concebir la razón al modo clásico, como finalidad de los procesos sociales, como armonía y equilibrio, medida y moderación: la *racionalidad del sentido*. Si bien prescindiendo de los relatos metafísicos antiguos, se hace necesario para el ser humano consciente recuperar el sentido de la vida, dentro de una ordenación racional de los fines y objetivos de la acción humana, que permitan alcanzar la felicidad general, comprendiendo el bien público de todos como objetivo de la actividad individual de cada uno, y el bien privado de cada uno como objetivo de la acción colectiva de todos. Y aunque eso no quiere decir, evidentemente, que sea necesario que proyectar la felicidad general en una idea cósmica, sí que es necesario reconocer que la humanidad representa una emergencia del ser social en la historia natural del planeta Tierra.

Mientras tanto, el incremento constante de la producción de bienes materiales por el capitalismo, no proporciona felicidad duradera. Y esto, no sólo por las crisis periódicas que padece el modo de producción capitalista –las '*crisis de sobreproducción*' analizadas por Marx en *El Capital*-, las cuales lanzan a la miseria a millones de personas; además la búsqueda incesante de materias primas y apropiación por los países imperialistas, desemboca en la enorme destrucción provocada por las

guerras y los conflictos internacionales. Pero también el consumo alienado y la satisfacción de las necesidades se hacen a costa de la explotación de los trabajadores y los pueblos colonizados –hoy en día añadiríamos la destrucción del medio ambiente y la biosfera terrestre-. La racionalidad tecnológica del capitalismo produce la sociedad de la abundancia, la cual es, al mismo tiempo, la sociedad de la alienación más profunda, lo que se manifiesta en el desarrollo descomunal de la industria de armamentos, y donde se produce la destrucción y el derroche de los recursos escasos en un consumo superfluo y banal.

Los problemas de la humanidad actual no pueden resolverse mediante una solución tecnológica, sino a través de una ciencia social, que se construya dentro de un compromiso con la emancipación social; para ello debe fundarse en valores racionales y ser consecuentemente una teoría crítica, que muestra los problemas actuales y proponga acciones para la transformación social en el sentido de la liberación respecto de la alienación. La teoría crítica pretende establecer una ciencia social con base en la investigación filosófica de los valores, y en los métodos asociados a ellos, como única forma real de construir una ciencia con raíces en el ser humano, racional y emancipadora a la vez, que proporcione tanto un orden justo como la libertad personal, y construya el ideal clásico de la filosofía política, donde el bien público y el bien privado son equivalentes.

Los filósofos frankfurtianos.

1. Walter Benjamin

Si bien Rousseau y Kant advirtieron que el progreso material tenía que ser al mismo tiempo un progreso moral, la simplificación de la historia realizada por los ideólogos liberales confía en la solución espontánea de los problemas históricos, sin necesidad de una intervención consciente y moral de los seres humanos. Por eso, la teoría liberal basa su éxito sólo en el carácter instrumental de los individuos, sin considerar la necesidad de actuar conscientemente para alcanzar los fines racionales en la historia. Esa relación entre el progreso técnico con la dominación y la alienación propias la sociedad clasista –y especialmente del capitalismo-, viene subrayada en las *Tesis de la filosofía de la historia* de Walter Benjamin; aquí el autor nos presenta una visión crítica de la historia, apartándose de la ideología del progreso, para ofrecernos el punto de vista de las víctimas, los oprimidos miembros de la clase subalterna: *jamás se da un documento de cultura que no sea también de barbarie* (la barbarie de los verdugos, el horror que las clases dominantes utilizan para imponer su poder). De ahí que la historia sea *una catástrofe que amontona ruina sobre ruina*: personas, culturas y civilizaciones, destruidas en nombre de una supuesta salvación futura –y ese montón de escombros es el progreso-.

Escritas en un momento de persecución, al comienzo de la barbarie fascista y la Segunda Guerra Mundial –Benjamin era judío y tuvo que huir de Alemania nazi, pero no pudo salvarse y murió suicidándose al pasar la frontera española-, las *Tesis* no expresan ninguna confianza ingenua en un futuro de redención, sino en la lucha de la clase subalterna, alimentada por la memoria de las víctimas; esa lucha es fundamental para equilibrar la historia y devolvernos la esperanza. Mientras tanto, el fascismo es una consecuencia de la modernidad liberal: el Holocausto es una posibilidad contenida en la evolución de las sociedades europeas fundada en la explotación de los trabajadores, la destrucción cultural y la esquilma de la Tierra –y continúa repitiéndose en nuestros días, sin que alcance la conciencia de la masas-. La racionalidad instrumental derivada de la economía positiva del mercado, trata a la sociedad y a la naturaleza como un instrumento manipulable, mediante técnicas científicas al servicio de la acumulación del

capital. Ésta es la raíz misma del desprecio del ser humano y la naturaleza viva, llevando a la anulación de la dignidad esencial de la persona.

El concepto de la historia que propagan los progresistas reconoce *únicamente los progresos en el dominio de la naturaleza, pero no quiere reconocer los retrocesos de la sociedad.*¹ Mientras que el progreso es un concepto *con pretensiones dogmáticas* que sirve a la dominación de las clases, el sujeto del conocimiento histórico es *la clase que lucha y que está sometida*, los trabajadores asalariados con conciencia de clase. La crítica de ese concepto de progreso, desde el punto de vista de los subalternos, debe comenzar por la crítica del *tiempo homogéneo y vacío*, para presentarnos *un tiempo pleno, un 'tiempo-ahora'*, que *salta sobre el 'continuum' de la historia*, y que es el tiempo de la revolución de los oprimidos. Se trata de superar la noción de tiempo implícita en la ideología del progreso, como tiempo lineal que se encamina a una meta futura en la salvación final del género humano. El sentido de la vida no es una felicidad futura, sino una felicidad ya alcanzada en la liberación respecto de la opresión.

Esas *Tesis* comienzan indicando cómo los valores deben gobernar la ciencia mediante una metáfora: la teología –la ordenación racional de los valores- se avergüenza de presentarse ante el público moderno; por eso, es como un jorobado que juega al ajedrez, y gana las partidas disfrazado de mecano; ese mecano es el materialismo histórico, la ciencia de la historia propuesta por el marxismo que contiene implícitamente los valores de la humanidad emancipada. Pero la salvación no es un momento futuro, alcanzado por la humanidad después de incontables luchas y sufrimientos, sino una realización moral dentro de la vida personal, que eleva al individuo hasta el mundo del espíritu. Por eso el comunismo no se funda en la idea de un mundo mejor, sino en la memoria de las víctimas que exigen reparación y justicia.

2. Max Horkheimer y Theodor Adorno

Las convulsiones constantes acompañan el desarrollo y la conservación del sistema capitalista, y conducen a guerras imperialistas para obtener recursos y materias primas que hagan posible el incremento de la producción. Es éste un problema político fundamental: la expansión ilimitada de la producción, requerida por los principios de la economía liberal, viene asociada al imperialismo desde sus orígenes, y por tanto está asociada a la violencia y el etnocidio. De ese modo, el desarrollo industrial viene acompañada por la ideología del progreso, que minusvalora y desprecia de las demás culturas y civilizaciones humanas, promoviendo su destrucción. La ideología del progreso, en la medida que viene asociada a la producción capitalista y al imperialismo, está profundamente equivocada y conduce al desastre de la civilización industrial. Un desastre que tiene profundas raíces morales, y que se manifiesta de diferentes maneras en la economía y la política de las naciones desarrolladas.

Inspirados por la reflexión de Benjamin, los científicos sociales de la Escuela de Frankfurt quieren contribuir a la transformación de la realidad en el sentido de los ideales racionales, consiguiendo una mayor armonía social frente al desequilibrado desarrollo capitalista. Para ello, aceptan el diagnóstico de Marx, de que la inestabilidad producida por el liberalismo capitalista tiene su raíz en la división de clases sociales, que conlleva a permanentes conflictos sociales, al despilfarro de recursos escasos y al derroche del excedente económico. Las tensiones y violencias así generadas, sólo terminarán con un orden social igualitario en el que se produzca una mayor justicia social. Es en definitiva la percepción clásica de que la paz sólo es posible a través de la justicia. Hay que alcanzar los objetivos de la emancipación humana, superando los

¹ Recordemos que Engels había subrayado esto mismo en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

límites de la visión *'eurocéntrica'* de la humanidad. En este sentido, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno escribieron su libro *Dialéctica de la Ilustración*, donde realizan una profunda crítica de la idea de progreso, que no renuncia a la razón humana, sino que la reinterpreta para soslayar las confusiones que se arrojan sobre ella.

A partir de los años 30 la evolución de la sociedad rusa, donde había triunfado la revolución socialista, conduce a un autoritarismo del Estado que destruye las bases democráticas del orden social. Y la expansión de ese Estado después de la Segunda Guerra Mundial, someterá a las sociedades del Este europeo a una enorme represión estatal sobre los ciudadanos. Esa realidad les pone en guardia frente a una interpretación unilateral del marxismo, e impulsará una profunda reflexión sobre el problema de la libertad en relación con la igualdad; ya que ambas se presentan como dos parámetros opuestos, identificados respectivamente con los dos bloques militares hegemónicos en el siglo XX. El análisis de Horkheimer y Adorno se funda en la distinción entre dos aspectos o sentidos de razón, a partir del análisis tradicional de la acción humana, según el cual la acción consiste en establecer los medios adecuados para alcanzar fines: la racionalidad de los medios, fundada en los criterios de eficacia y eficiencia –la *razón instrumental*–, y la racionalidad de los objetivos que el ser humano se propone –la *razón del sentido*–. La primera nos proporciona una superación del reino de la necesidad a través de la producción económica, y de ese modo crea la *libertad material* de las sociedades capitalistas desarrolladas. Pero más allá de ésta, se alcanza la *libertad moral*, que se funda en el reconocimiento de los deberes que tenemos respecto de los demás seres humanos, como portadores de derechos que requieren satisfacción. Sólo la libertad moral puede dar pleno sentido a la vida humana, y por eso esta segunda forma de libertad es más fundamental que la primera. La libertad moral debe ser cuidadosamente construida a partir de una tarea reflexiva fundamental, que cada persona debe afrontar en su vida para constituirse como ser humano. Los problemas planteados por los retos históricos del siglo XX, ahora del siglo XXI, requieren soluciones morales –fundados en las costumbres y las formas de vida–, y no meros expedientes tecnológicos –aunque éstos puedan aportar una parte de la solución–. La ciencia económica al uso en las sociedades contemporáneas pertenece al ámbito de la razón instrumental; para construirse como una ciencia emancipadora, debe estar al servicio de la política dentro de una sociedad de democracia participativa, donde las decisiones colectivas se tomen a partir de una elaboración de las finalidades humanas por el debate público y la decisión democrática. Ese ámbito en el que se definen los fines colectivos es el terreno de una filosofía auténtica. Como dice Adorno: *la filosofía es la condición y la meta de una ciencia que no se convierta en mera técnica*.

3. Herbert Marcuse y Jürgen Habermas

Otra importante influencia y fuente de reflexión de los autores del Instituto frankfurtiano lo constituye el psicoanálisis de Freud, a partir del cual se intenta llegar a las motivaciones profundas de la conducta, en la perspectiva de reforzar el papel de la conciencia. La importancia del sustrato biológico de la personalidad humana –ya señalada por Nietzsche–, es puesta de manifiesto por el psicoanálisis, que descubre el pensamiento inconsciente como las imágenes cerebrales equivalentes a las conductas instintivas, más o menos modificadas culturalmente. Una sociedad saludable, no violenta ni agresiva, requiere de personalidades sanas, con instintos satisfechos y una conciencia clara de la realidad; la ciencia social tiene que desarrollarse para estimular la capacidad creativa de los ciudadanos, resolviendo los problemas sociales e históricos de modo racional.

La síntesis de marxismo y psicoanálisis será intentada especialmente por Herbert Marcuse. Después de criticar el marxismo soviético, como una deformación ‘mágica’ de la ciencia materialista, en su libro *El marxismo soviético*, apostará por la creación de una nueva civilización emancipada. En su libro *Eros y civilización* aboga por una nueva cultura emancipadora en la que el instinto erótico, fuente de placer y sociabilidad, liberado de las cadenas de la sociedad represiva, será capaz de traer la reconciliación con la vida y la felicidad a las personas. El texto de *El hombre unidimensional* critica la reducción de la personalidad humana a mero vector del mercado en su función consumista, dominado por el fetichismo de la mercancía. Frente al uso instrumental de la razón, destructivo y violento, que anula las diferencias culturales y tiende a la homogeneización de todas las formas de vida, se hace necesaria una revolución en las costumbres cotidianas, que abandone las formas alienadas de vida. Un importante movimiento juvenil en los países desarrollados se hizo eco de esas ideas, dando origen al movimiento de protesta de Mayo 68 –cuyas ideas vienen reflejadas en el libro *El final de la utopía*–.

En la segunda generación de la Escuela de Frankfurt destaca Jürgen Habermas, cuyo objetivo es reinterpretar la racionalidad como el resultado del debate público, establecido desde un punto de vista libre de la dominación. La razón viene a constituirse como deliberación entre los ciudadanos, acerca de los objetivos deseables de la acción colectiva y los medios más adecuados para conseguirlos; ese espacio de diálogo es ideal, pues en la civilización capitalista la opinión pública está condicionada por el poder de las grandes empresas que controlan los medios de comunicación. Para conseguir alcanzar una racionalidad fundada en el debate colectivo dentro de una democracia deliberativa, se hace necesario crear un espacio público de diálogo, no coartado por el poder político y en el que no interfieran los intereses económicos de la clase dominante. En la actual organización social la ideología dominante es la ideología de la clase dominante; pues ésta tiene el poder de influir en todos los ciudadanos mediante el control de la información que se difunde a través de los medios de comunicación. Mientras la clase empresarial mantenga la capacidad para imponer su discurso –es decir, sus valores y puntos de vista– a través de los aparatos de propaganda y difusión masiva de la información, no será factible alcanzar la racionalidad discursiva que Habermas propone, si no es a través del esfuerzo y la lucha política por establecer canales alternativos de información y discusión.